

Reminiscencias de mi niñez



Lilia Canseco Rodríguez

Recuerdo cuando era niña e íbamos de vacaciones a mi tierra natal, Oaxaca. Viajábamos de noche para dormir y evitar los mareos que provocaban las curvas de la carretera. Al llegar la madrugada me encantaba ver los pueblitos iluminados con lámparas sencillas; era la señal de que nos aproximábamos a la ciudad. Ya en Oaxaca, era un gusto oír a mi papá decirle al taxista: “Armenta y López 510, por favor”.

Aunque fuera aún muy temprano, el que abría la puerta nos recibía gustoso. Mis hermanos y yo rápido sacábamos los regalos para entregarlos a mis abuelitas, tíos y primos. En cuanto aparecía la primera muñeca dentro del veliz, yo corría con ella en brazos para despertar a mi prima favorita y entregársela. Ella reaccionaba con alegría después de descubrir quién era ese remolino que acababa de entrar a su recámara.

Después de los primeros saludos nos indicaban cuál sería nuestro cuarto en aquella inmensa casa. Mis papás nos enviaban a descansar un rato antes de que sirvieran el desayuno, pero era tanta la excitación por descubrir las novedades que no hacíamos caso e íbamos a despertar a todo mundo.

Mi tío Luis, siempre cantando, siempre ausente debido a la toxoplasmosis que lo asaltó desde antes de nacer, nos veía con extrañeza, sin embargo dejaba que lo abrazáramos y le dijéramos Güicho cariñosamente, mientras le entregábamos una camiseta con el logo de “Corona, la cerveza de México” y otra con la propaganda de “Coca-Cola”, frases que repetía constantemente. Pero si se le atravesaba el periódico, dejaba a un lado todo lo demás y veía por un buen rato sus hojas mientras las alisaba, metido más en su mundo que en el que le mostraba el diario.



Avanzada la mañana, me gustaba ver a mi tío Miguel que aún era estudiante en esos años. Siempre estaba metido dentro de algún texto; ponía un disco de música clásica y se sumergía en las aventuras del libro del momento. El que terminara la música no le impedía seguir leyendo. Se levantaba de su sillón con el libro frente a su rostro, comiendo una manzana, atravesaba la sala y volteaba el LP para continuar con la lectura y el deleite de las melodías. Nunca vi que sufriera algún tropiezo.

La casa de mis abuelitas, que en realidad eran mi abuela y bisabuela maternas, era y continúa siendo un refugio de fantasmas. El primero de ellos un monje que se le aparecía a Margarita, mi bisabuela, cuando ella contaba con doce años aproximadamente, allá por 1911, más o menos.

Después a mi tía Lulú le tocó ver la aparición de mujeres con rostros indígenas, o sentir el peso de un cuerpo extraño en su cama sin ver a nadie sobre ella.

Cuando éramos niños sentíamos fascinación por escuchar esas historias de aparecidos, aunque después no quisiéramos atravesar el patio para ir al baño y tuviéramos que convencer a alguien grande que nos acompañara o prendiera el mayor número posible de focos y lámparas.

Otra cosa que nos gustaba hacer era meternos a la pila de agua que había en el centro del patio. Ahí salpicábamos de gusto mis hermanos, primos, un tío que era casi de nuestra edad y yo.

Estos son algunos de los recuerdos que atesoro con gran cariño y que vienen a mi mente cuando busco mis raíces, y digo como aquella canción: “No soy de aquí, ni soy de allá, no tengo edad ni porvenir, y ser feliz es mi color de identidad”. Tengo un pie en Oaxaca y otro en Chihuahua, que fue la tierra que me acogió cuando tenía pocos años de edad y nos venimos a vivir aquí por razones del trabajo de mi papá. Hoy, con el paso de los años, siento una inmensa gratitud por la generosidad de un lugar que me vio nacer y por otro que me vio crecer; ambos me hacen ser lo que soy.